



Instituto de
Relaciones
Internacionales



seguridadydefensa@iri.edu.ar

Artículos

Los nacionalismos ¿Fenómeno nuevo o antiguo?

Ángel Tello¹

¿Existe en estos tiempos un retorno de la historia considerando la emergencia de crispaciones identitarias, lo que algunos analistas han calificado como una suerte de reinvención del nacionalismo?

El proceso de mundialización que afecta a todos los seres vivientes de nuestro planeta genera reacciones diversas, a veces inesperadas y sorprendentes, mundialización a la que muchos -como Francis Fukuyama- vieron como el fin de la historia o el nivel más elevado, el último, que podían alcanzar las relaciones internacionales. Recordemos que procesos similares también aparecieron a lo largo de los tiempos y que en su momento fueron observados como el punto más alto al que la humanidad podía acceder: fin de la historia, mundo terminado, clausura del movimiento y del conflicto: el descubrimiento de América en 1492, la extensión global del Imperio Británico durante la segunda mitad del siglo XIX, la imposición de las ideas positivistas a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX como consecuencia de la revolución industrial, marcaron hitos no sólo desde un abordaje geográfico o económico, cada uno de estos momentos también venía acompañado por una importante carga ideológica. En la mayoría de los casos, las ideas que sustentaron estos cambios trascendentes se apoyaban en una suerte de fundamentalismo frente al cual no había otra salida que someterse so pena de aislarse y quedar al margen de los grandes escenarios mundiales.

La mundialización ha llegado para quedarse un tiempo largo o quizás corto, lord Keynes observaba que en el largo plazo estamos todos muertos. Sin embargo, una visión dogmática y cerrada impide ver y comprender las fuerzas contrarias por ella desatadas y que en la actualidad conforman novedosos escenarios, tales como el renacimiento de antiguas disputas, otorgándole al sistema mundo un contexto de creciente incertidumbre.

Uno de los aspectos más relevante de la mundialización es el crecimiento exponencial de las comunicaciones, situación que facilita el contacto y la relación entre los seres humanos urbi et orbi. La historia nos informa que el empleo de la imprenta por parte de Guttemberg permitió la impresión y posterior lectura de la Biblia hasta ese entonces reservada a los claustros religiosos. Ello facilitó el surgimiento de la Reforma protestante que cambiaría las creencias y actitudes de hombres y mujeres

¹ Doctor en Relaciones Internacionales (IRI-UNLP). Profesor titular (Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP). Coordinador del Departamento de Seguridad y Defensa (IRI-UNLP)

permitiendo, a su vez y tal como lo analizó magistralmente Max Weber, un impulso decisivo al desarrollo del capitalismo. Es pertinente preguntarse: ¿qué ocurrirá con las comunicaciones contemporáneas cuando miles de millones de individuos, aun sin saber leer y escribir, pueden acceder al conocimiento de lo que acontece en torno a ellos y adquirir conciencia de su propia situación, cuando estos seres humanos vean que se han ido transformando en objetos de las decisiones de otros y no en sujetos de su destino?

La toma de conciencia de los efectos de la mundialización, valor de lo negativo, genera miedos y al mismo tiempo necesidad de protección frente a un mundo que se ve como agresivo y cuyas propuestas son el individualismo y el sálvese quien pueda. Asistimos así a lo que podría considerarse como un retorno de la historia mediante la recuperación de la idea de Nación por parte de muchas comunidades que ven en ella un ámbito de afirmación identitaria y una forma para diferenciarse de otros. En muchos casos, esta construcción no se piensa contra poderes localmente abusivos sino contra una alteridad más inquietante que el poder en sí mismo. Alteridad que es percibida como fuente de amenazas y pérdida de creencias y tradiciones. Ello podría ser evaluado quizás como un nacionalismo débil, de afirmación entre los emergentes, pero también como nacionalismo de miedo y repliegue cuando se trata de antiguas potencias.

En el caso de los pueblos y países del llamado Tercer Mundo, la mundialización obliga al salto de etapas en su desarrollo socio económico y político, hecho que quiebra vínculos y relaciones humanas, ancestrales en muchos de ellos, generando reacciones de repliegue sobre sí mismos a partir de los nacionalismos, las religiones o particularismos diversos. Es necesario señalar que la adaptación a nuevas condiciones de producción de bienes y organización de las sociedades en los casos de los países hoy más desarrollados, demandó décadas de luchas sociales, revoluciones, conflictos civiles y guerras, no se trata entonces de lo que podría ser un simple cambio económico a partir del cual las personas comprenderán y asimilarán las virtudes celestiales del mercado, sino de procesos, a veces prolongados, de adaptación social y política a las nuevas condiciones. El Estado de Bienestar fue una respuesta a la crisis de 1930 y más tarde a la destrucción provocada por la Segunda Guerra Mundial. Tiene razón el financista y especulador George Soros cuando observa que durante la bipolaridad las sociedades tenían “a dónde ir”, es decir, la presencia del mundo comunista obligó en cierta medida a contener los impulsos del mercado librado a su suerte y facilitó la implementación de un sinnúmero de políticas sociales, en particular en las naciones europeas. El famoso telegrama de George Kennan desde Moscú pidiendo una ayuda masiva en la posguerra para una Europa devastada, en lo que luego sería el Plan Marshall, está allí para ratificarlo.

Hoy podemos observar una diacronía y trayectorias bastante separadas que, más allá de incertidumbres percibidas como insoportables, presentan de una manera a veces imperceptible las tendencias pesadas que le dan sustento. En este punto podemos aplicar la teoría del caos a partir de considerar un hecho mayor como ha sido el fin del conflicto Este-Oeste y la desaparición de la URSS en 1991, como consecuencia de ello emerge una importante cantidad de trayectorias que luego se separan entre las cuales se encuentran, por ejemplo, el ascenso fulgurante de la República Popular China, la política de poder de Moscú y una inquietante y ascendente presencia de conflictos armados.

Tal como lo observa Pierre Hasner, vivimos en una era de poder relativo, sin un superpoder que esté en condiciones de establecer reglas para todos los demás actores del sistema. China, por ejemplo, enuncia sus finalidades geopolíticas en Extremo Oriente y una afirmación soberana sobre la base de una importantísima infraestructura económica y financiera, además de un relato histórico favorable y pleno de simbolismos. En este punto la política de los Estados Unidos busca contener a China, probable rival en algunos años que disputará el liderazgo global. La intervención rusa en Siria, más allá del establecimiento de bases militares, apunta a recuperar prestigio y poder, a devenir nuevamente un actor con el cual se debe contar. El Reino Unido con el Brexit y otros casos particulares, como Polonia, Hungría, Italia, Austria, Francia con la monarquía republicana de Macron y los chalecos amarillos, ¿Brasil de

Bolsonaro? etcétera, conforman tendencias pesadas que podría calificarse como neonacionales y que erosionan el multilateralismo. ¿Podemos afirmar hoy que nos encontramos en un momento de construcción de una nueva polaridad, conflictiva ésta, basada en relaciones de poder como ha ocurrido en otras etapas de la historia?

Observamos también en este escenario una crisis de la versión occidental de la mundialización, caracterizada por el debilitamiento de los principios que han dado vigencia a determinados valores universales y por el cuestionamiento de otros que le otorgan superioridad moral y/o política al sistema democrático liberal. El ex ministro de Relaciones Exteriores de Francia Hubert Védrine señala acertadamente “Occidente perdió el monopolio del relato”, emergiendo en consecuencia nuevos relatos y nuevas racionalidades. Del respeto y aceptación de las mismas, es decir de lo diferente, puede pensarse, quizás, un mundo más pacífico.

Hoy se redescubren la nación y las soberanías, aunque sobre bases diferentes a las registradas en otras épocas, en muchos casos la búsqueda de protección, de mirar hacia adentro, se impone a la afirmación de nuevos derechos políticos. No nos alejamos de la realidad si observamos que la revolución neoconservadora activó soberanismos en Libia, Irak, Afganistán, Irán, Corea del Norte, etc. como también las expediciones militares francesas en África subsahariana. Todo esto podría ser considerado como la emergencia de un nacionalismo desnaturalizado y desprogramado. Desnaturalizado porque tiende más a la afirmación colectiva de un pueblo que a la pretensión de ejercer sus derechos políticos, afirmación definida y reivindicación democrática raramente valorada; la demanda se dirige hacia un Estado más fuerte y presente, tal como puede observarse en muchos lugares del, por ejemplo Este europeo. Nacionalismo desprogramado porque mezcla las diferencias políticas existentes en otros tiempos entre países.

Se conforma de esta manera la reconstrucción de una idea de identidad que no necesariamente se encarna en un espacio territorial definido. Región, civilización, religión, etc. funcionan como categorías que definen los contenidos a partir de los cuales la identidad es restablecida.

Una nueva realidad territorial posmoderna emerge expresando una contradicción entre el concepto de territorio y territorialidad. Podemos considerar que aparece en el horizonte una transformación de la herencia de Westfalia a partir de lo que debería ser un repliegue identitario hacia la esencia de la nación, al mismo tiempo que ésta se proyecta y no permanece encerrada en las fronteras del Estado nación tradicional, tal como puede observarse, por ejemplo, en las políticas de Donald Trump. Ello presenta una nueva contradicción que, valor de lo negativo, en muchos países propone espacios que se amplían a “pueblos hermanos”: paneslavismo, panislamismo, panarabismo, etc. Desde cierto punto de vista, la frontera perdió el sentido de otros tiempos y su carácter absoluto. En escena, una fuerte contradicción entre mundialidad e identidad como basamento de las crisis actuales.

Algunos autores como Bertrand Badie apuntan al neonacionalismo como una ideología. Como una fórmula destinada a movilizar los actores sociales, al individuo en tanto homo politicus, tratándose entonces de un proyecto y no de un programa. No se limita a lo que podríamos denominar una “reacción antioccidental” porque esta realidad también afecta a los occidentales, como pueden ser hoy tanto la situación italiana como catalana, en estos casos se habla de populismos que alguna vez pueden haber tenido un sentido histórico y que hoy proclaman la denuncia de las élites y la necesidad de refugiarse en referencias de sustitución: nación, identidad, religión, raza, etc. La idea que estalló, tal como lo señala Védrine, es la de un Occidente todopoderoso y el liderazgo natural e incontestable de los Estados Unidos. Tal como lo sostenía Levrov, ministro de Relaciones Exteriores de Rusia en la Conferencia de Seguridad en Munich en febrero de 2017: “...estamos frente a un orden mundial post occidental”.

En este contexto vemos peligrar el orden mundial heredado de 1945-1991 asentado en la estructura bipolar del sistema internacional. También puede observarse hacia dentro de los Estados una tendencia

marcada hacia la desintermediación política en beneficio de un líder, el pueblo, o diversas variantes de populismo.

Una emancipación creciente del orden occidental aparece en las políticas de China, Rusia, Irán, Turquía (¿Brasil quizás?) simultáneamente con lo que muchos auguran como el fin del mesianismo occidental. Francia amenazó a los Estados Unidos con el retiro de sus tropas de Afganistán si éstos no apoyaban su intervención en Libia junto con el Reino Unido, el presidente Obama no deseaba intervenir en este país norafricano en tanto París y Londres no presentaran una salida política sustentable que reemplazara el derrocamiento de Khadafy. Similar es en la actualidad el caso de Siria, si Assad cae, ¿quién lo reemplaza con suficiente legitimidad? ¿o acaso no era más previsible el comportamiento de un dictador como Saddam Hussein en Irak que el caos provocado por la invasión de 2003 y su correlato en Estado Islámico? Volvemos entonces al realismo en las relaciones internacionales con el fracaso de la Resolución de las Naciones Unidas respecto a la responsabilidad de proteger.

El nacionalismo, como se indicó ut supra, es eminentemente proyectivo, verificándose un retorno hacia las zonas de influencia a partir de referencias ideológicas y culturales comunes. Ello genera una dinámica de fragmentación y su agravamiento, tanto como el fracaso de las intervenciones externas. “Cuando el centro se debilita las periferias se emancipan” sostiene Michel Foucher (1). El caso europeo es ilustrativo, en este caso el Estado dejó de ser estrategia para convertirse en un gestor, salvo cuando aparecen situaciones límite. Resulta peligrosa la divergencia creciente entre el juego político y la sociedad, en China el Estado es estrategia, vector económico y actor financiero, pudiendo observar por otro lado una fuerte demanda de Estado en los países democráticos. En parte ello se debe a que el poder real en el mundo se encuentra de manera creciente afincado en las empresas transnacionales o en el sistema financiero internacional, y cada vez menos en la voluntad democrática de los ciudadanos y sus representantes, es decir, en la política. Los segundos con la legitimidad de origen de la cual carecen los primeros. Por ello ante la pregunta si desaparece el Estado, la respuesta es que éste aún goza de buena salud.

En este contexto Europa debe pasar de un gran mercado a una gran estrategia, los desafíos cambiaron de naturaleza, son quizás menos económicos y financieros y más de seguridad y geopolíticos.

Los últimos veinticinco años de la política exterior de los países desarrollados estuvieron signados por la exportación de un modelo que se creía “superior”, apoyado en el discurso único y las expediciones punitivas contra los “usurpadores” muy similares éstas a las intervenciones de las antiguas potencias coloniales.

El interés nacional se expresa en el mantenimiento de la soberanía, la autonomía de apreciación y la libertad de acción de una comunidad. Cuando nos referimos al interés vital ello implica la supervivencia misma de un grupo humano en un espacio determinado. Por ello el referente nacional no tiene el mismo significado en el diccionario de las viejas potencias que en el de las potencias emergentes.

La reafirmación nacional resulta conflictiva en dos niveles: Estados que buscan ampliar zonas de influencia a partir de una identidad étnica: Ucrania, Gran Serbia, Gran Albania; y a un nivel infraestadal que describe la diversidad de configuraciones políticas complejas con guerras civiles internacionalizadas como es el caso de Siria, búsqueda de seguridad, de supervivencia de fuerzas rebeldes que se reivindica como su principal motivación.

Así como en otros tiempos las dos guerras mundiales tuvieron como razón de ser la competencia de poder, hoy puede hablarse de “competencia de debilidad” ligada al debilitamiento o hundimiento liso y llano del Estado (2): Yemen, República Democrática del Congo, República Centrafricana; a la descomposición de la nación en Irak, Siria o Mali, o aun a la fractura de los vínculos sociales bajo el efecto de una precariedad extrema de la situación económica; guerras más intraestatales que interestatales.

Crisis profundas del Estado nación que, como ha sido analizado, la mundialización tiene una parte importante de responsabilidad en todo ello.

“Nueva conflictividad -desde Mauritania hasta Pamir descendiendo al sur hasta el Congo- a causa de la debilidad de los Estados nación, la ausencia de lazos sociales fuertes sumado a pulsiones identitarias proto nacionalistas”. (3)

Emerge en este escenario una dialéctica entre lo que puede considerarse como identidad restaurada o identidad buscada. En este contexto algunas intervenciones son militares, otras no lo son. Pudiéndose observar una creciente incapacidad del instrumento militar, cuando es empleado, para imponer soluciones políticas estables y duraderas. Las intervenciones multilaterales aparecen inspiradas por cierta lógica de regulación, las unilaterales, por el contrario, expresan el juego del poder. Las intervenciones resultan anormales porque suspenden la soberanía del Estado, un principio que es y ha sido piedra fundamental de la Carta de las Naciones Unidas y del Derecho Internacional Público. Por otro lado, las intervenciones son notoriamente asimétricas y plantean la cuestión acerca de quién se encuentra habilitado para intervenir. “Pretendiendo involucrarse como un sheriff autoproclamado en la lucha contra el terrorismo, se corre el peligro de estimularlo y desarrollarlo”

(4).Afganistán constituye un buen ejemplo para considerar: los Estados Unidos gastaron en 2003 dos mil millones de dólares por semana durante su intervención militar, mientras que los talibanes gastaron veinte millones en todo el año. El resultado: nula solución política y en la actualidad los talibanes controlan más del 75% del territorio de este país de Asia central.

Hoy la violencia aparece extraordinariamente fragmentada y descentralizada, en la mayoría de los casos no es ejercida por una estructura política responsable y organizada, se trata de redes policéntricas que en algunos casos no se referencian con alguna colectividad particular.

Refiriéndose al incremento de los gastos en armamentos por parte de las principales potencias y a las razones de los mismos, señalan Andrea Rizzi y Carlos Torralba: “En las tres (EE UU, Rusia y China) el nacionalismo impregna el discurso político como nunca desde el fin de la Guerra Fría. Putin articula toda su trayectoria de poder alrededor de la idea de la orgullosa resurrección de una Gran Rusia; Trump alcanza la Casa Blanca bajo el indisimulado mantra del América first frente a los supuestos abusos de los demás; Xi Jinping vira de forma cada vez más acentuada hacia el nacionalismo a medida que se consolida en el poder. El discurso del líder chino de marzo ante la asamblea legislativa anual fue quizás el más explícito en ese sentido desde que llegó al poder. Y en India -un actor de considerable peso estratégico en la escena internacional- ocupa el poder un político con un historial de corte nacionalista hindú, Narendra Modi”. (5)

El término gobernanza, de uso corriente hacia el interior de los Estados, se aplica en la actualidad por extensión a los asuntos mundiales pretendiendo gobernar sin política. Si los Estados se gerenciaran como una empresa todo iría mejor, se sostiene. Con este trasfondo, la reacción del mundo neo nacional intenta desconocer las reglas internacionales destinadas a contener el empleo de la fuerza.

En cierta forma, la gobernanza quiere decir “gobernar sin gobierno” y sabemos qué se entiende por ello: sistema financiero internacional, empresas transnacionales, compañías militares privadas (mercenarios), etc. Por ello, aunque suene utópico o ingenuo, un orden mundial debe apoyarse sobre un gobierno con menos referencias a los intereses nacionales y más a las necesidades comunes de la humanidad, esta posibilidad hoy se aleja de la escena mundial, lamentablemente, y la ONU no llega a cumplir cabalmente con el rol que le asignaron sus fundadores en 1945. El neo nacionalismo no solamente agrede a la mundialización sino a los principios mismos de una posible gobernanza mundial. Nos encontramos ante una lógica de fragmentación creciente donde además de partirse las unidades políticas, también se fracturan las ideas y creencias que en su tiempo dieron origen a la comunidad internacional.

En la actualidad estamos inmersos en una configuración internacional policéntrica con una especie de multipolaridad deformada con la presencia de potencias que, pensando influir a escala global, lo hacen por ahora a escala regional (Brasil, Sudáfrica, Nigeria, Etiopía, Irán, Turquía, China, Rusia). En muchos de estos casos el juego democrático aparece cuestionado en el contexto regional por obligaciones impuestas (apertura excesiva de los mercados, libre cambio, desregulaciones, privatizaciones, déficit, etc.) dando lugar a populismos como proceso de desintermediación entre los cuerpos constituidos y las instituciones generando cortocircuitos.

En cierta medida se verifica una oposición clara entre el neo nacionalismo y la democracia. Los nuevos nacionalismos apelan, desde los Estados Unidos hasta Rusia y pasando por buena parte de Europa, a un Estado más fuerte y cierta valorización del autoritarismo como función política. Ello configura una situación notablemente peligrosa desde el momento en que todas las formas de aspiración a más democracia encuentran un eco escaso en los Estados dominantes. No solamente existe una crisis global, sino que ella se ha transformado en la razón principal de las relaciones internacionales. Por otro lado, el actual sistema internacional es el más desigual de los sistemas sociales que registra la historia. Tres consignas han presidido lo que podría considerarse la “razón” occidental: derechos humanos, democracia y mercado. De las tres, la que finalmente mantiene una presencia hegemónica es el mercado puesto que la democracia y los derechos humanos, tal como la realidad lo demuestra, terminan por acomodarse a los intereses económicos y también geopolíticos.

Algunos casos particulares merecen ser considerados si bien han sido mencionados tangencialmente en otra parte de este trabajo. Pregunta: ¿Rusia es todavía un imperio? La intervención de Moscú en Siria ubicó en esta capital la clave política del conflicto con el propósito no solamente de actuar en función de sus intereses regionales sino también recuperar el prestigio perdido, devenir un socio a parte entera de Occidente, recuperar en ciertos elementos de los territorios perdidos luego de la desaparición de la URSS y volver a aquella vieja idea de los zares de Moscú como “La Tercera Roma” ante la decadencia - estimada- de Europa y los valores cristianos. Además, y esto vale para todos los casos, la entrada al mercado global supone la libertad de acceso generalizada a los recursos, que por otro lado se encuentran territorializados (por ejemplo, el petróleo no es telecargable u otras materias primas). De allí que una fuerte competencia por el control de los recursos tiende a instalarse en el mundo de la cual la República Argentina no está ausente.

De continuar como hasta ahora, China será la potencia más importante del mundo en 2049. La estrategia actual de Pekín se direcciona hacia las islas del Océano Pacífico Sur y la apertura de bases navales en Djiboutí, Walwis Bay y Sao Tomé. Por otro lado, la ruta marítima de la seda impone contar con escalas y facilidades militares en Gwadar (Paquistán), Sri Lanka, Maldivas, Suez, El Pireo (Grecia) y Tánger. Esto quizás signifique un cambio de paradigma según el cual la postura de defensa activa no debe ser únicamente terrestre sino también marítima. La historia china es diferente a la occidental y a la del mundo islámico: hay ausencia de mesianismo y no pretende convertir a otros a su modelo, ello tiene que ver con la filosofía de Confucio hoy recuperada y revalorizada por el gobierno. China, nos atrevemos a afirmar, ha reemplazado en ciertos aspectos el marxismo leninismo por un fuerte nacionalismo, debiendo, al menos por ahora, conformarse como líder regional para mantenerse como potencia emergente. Resulta curioso destacar que en tiempos de mundialización y “reinado” de los mercados, en tiempos en que “el Estado es el problema y no la solución” (Ronald Reagan) China cuenta con un Estado todopoderoso controlado férreamente por el Partido Comunista y mostrando índices de crecimiento económico que suscitan la envidia de otras naciones desarrolladas.

¿Irán? Se pregunta Michel Foucher: “El sentimiento de los Guardianes de la Revolución, los Pasdarans partidarios de la línea dura del Guía Supremo el Ayatollah Jamenei, es que Irán ha ganado en su propósito de salvaguardar su seguridad y actuar como potencia regional. Irak no será más una amenaza, se sostiene al aliado sirio, Hezbollah es una fuerza disuasiva contra el adversario israelí y se escrutan todas las señales, débiles o fuertes, de fisuras en los juegos del poder en Arabia Saudita” (6) Irán, recuperando

la muy rica historia del imperio persa, asume la protección de las comunidades chiitas que hoy proponen una suerte de revancha histórica (en Irak principalmente) y no está en sus cálculos retroceder. Las tensiones con el nuevo poder norteamericano, influenciado éste por el lobby saudita, israelí y jordano, son inevitables, debilitando internamente a los partidarios de una apertura hacia Occidente, encabezados por el presidente Rohani y fortaleciendo a los sectores más radicalizados que cuentan con el apoyo de buena parte de la población.

Carlos Yármoz, en una nota del diario El País cita a Daniel Innerarity, catedrático de filosofía política y social, cuando éste observa que la crisis de los partidos políticos en Europa se superará cuando existan mejores partidos. Señala a continuación: “Mientras eso no llega, la proliferación de formaciones populistas, xenófobas, nacionalistas, eurófobas o confesionales, surgen por doquier y dibujan un mapa europeo cuando menos inquietante. Así, Orban (en Hungría) se ha convertido en un líder de referencia para el Este del continente como defensor de una cosa llamada democracia no liberal cuyo partido Fidesz (Alianza de Jóvenes Demócratas), predica como un mantra que la identidad cristiana de Europa se encuentra en peligro” (7)

A lo que puede agregarse, como fue mencionado ut supra, el movimiento 5 Stelle y la Liga Norte en Italia, Polonia, los partidarios del Brexit en el Reino Unido, la Alternativa para Alemania abiertamente pro nazi, el Frente Nacional en Francia, etc. Aquel nacionalismo que en otros tiempos se pensaba como una enfermedad atrasada de los países en vías de desarrollo hoy permea a las comunidades más “avanzadas” en términos relativos.

Foucher, Michel, Badie, Bertrand. ¿Vers un monde néonational? CNRS Editions. Paris 2017. Página 71

Badie, Bertrand. Obra citada. Pág. 119

Badie, Bertrand. Ob. Cit. Pág. 121

Badie, Bertrand. Ob. Cit. Pág. 130

Rizzi, Andrea y Torralba, Carlos. Arsenales cargados de nacionalismo. Diario El País, suplemento Ideas. Madrid, 20 de mayo de 2018. Página 2

Foucher, Michel. Ob. Cit. Pág. 158

Yármoz, Carlos. El País, suplemento Ideas. Madrid. 22 de abril de 2018. Pág. 6